

CAZADORES DE SOMBRAS: 5

Destinados al sacrificio

Ciudad de las Almas perdidas



CASSANDRA
CLARE

LA ISLA DEL TIEMPO

CAZADORES DE SOMBRAS

CIUDAD DE
LAS ALMAS PERDIDAS

Cassandra Clare

Traducción de Patricia Nunes

DESTINO

DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2019
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *The Mortal Instruments Book 5: City of Lost Souls*

© Cassandra Clare LLC, 2012
Publicado originalmente en Estados Unidos por Margaret K. McElderry Books,
un sello editorial de Simon & Schuster Children's Publishing Division
Publicado mediante acuerdo con Baror Internationa, INC, Armonk, New York, U.S.A.
© de la traducción: Patricia Nunes, 2012
© Editorial Planeta, S. A., 2012, 2019
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: septiembre de 2012
Primera edición en esta presentación: octubre de 2019
ISBN: 978-84-08-21551-6
Depósito legal: B. 17.092-2019
Impreso en España - *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y siguientes del Código Penal).
Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

EL ÚLTIMO CONSEJO

—¿Cuánto crees que tardará el veredicto? —preguntó Clary.

No tenía ni idea de cuánto tiempo llevaban esperando, pero le parecían horas. No había relojes en el dormitorio negro y rosa intenso de Isabelle, sólo montones de ropa; columnas de libros; pilas de armas, y una cómoda rebosante de maquillaje brillante, pinceles usados y cajones abiertos donde se derramaban braguitas de encaje, medias finas y boas de plumas. Tenía cierto aire a la estética de los bastidores de *La jaula de las locas*, pero durante las dos últimas semanas, Clary había pasado el tiempo suficiente entre aquella reluciente confusión para comenzar a encontrarla reconfortante.

Isabelle, junto a la ventana con *Iglesia* en brazos, acariciaba distraída la cabeza del gato. *Iglesia* la miraba con torvos ojos amarillos. Al otro lado de la ventana, una tormenta de noviembre estaba en pleno apogeo, y la lluvia resbalaba por el vidrio como si fuera barniz.

—No mucho más —contestó Isabelle lentamente. No llevaba maquillaje, lo que la hacía parecer más joven, y sus oscuros ojos más grandes.

Clary, sentada en la cama de Izzy entre un montón de revistas y una repiqueteante pila de cuchillos serafines, tragó saliva con fuerza para sacarse el sabor amargo que le subía por la garganta.

«Vuelvo en seguida. Cinco minutos.»

Eso había sido lo último que le había dicho al chico que amaba más que nada en el mundo. En ese momento pensaba que tal vez fuera lo último que hablaran.

Clary recordaba perfectamente ese momento. El jardín del tejado. La cristalina noche de octubre, con las estrellas ardiendo de un blanco helado en un despejado cielo negro. Las piedras del pavimento marcadas con runas negras, salpicadas de icor y sangre. La boca de Jace sobre la suya, lo único cálido en un mundo tembloroso de frío. Colgarse el anillo Morgenstern del cuello. «El amor que mueve el sol y todas las otras estrellas.» Volverse para buscarlo con la mirada mientras el ascensor se la llevaba, arrastrándola de nuevo hacia las sombras del edificio. Se había reunido con los otros en el vestíbulo; había abrazado a su madre, a Luke y a Simon, pero parte de ella, como siempre, se había quedado con Jace, flotando sobre la ciudad en aquel tejado, los dos solos en la fría y brillante ciudad eléctrica.

Maryse y Kadir fueron los que entraron en el ascensor para reunirse con Jace en el tejado y ver los restos del ritual de Lilith. Pasaron otros diez minutos antes de que Maryse regresara, sola. Cuando las puertas se abrieron y Clary vio su rostro, blanco, serio y agitado, lo supo.

Lo que había pasado después había sido como un sueño. El grupo de cazadores de sombras del vestíbulo había ido hacia Maryse; Alec se había separado de Magnus, e Isabelle se había puesto en pie de un salto. Ráfagas de luz blanca cortaron la oscuridad como los resplandores de los flashes de las cámaras en una escena del crimen, cuando, uno tras otro, los cuchillos serafines fueron iluminando las sombras. Clary se abrió paso y oyó la historia a trozos: el jardín del tejado estaba vacío; Jace había desaparecido. El ataúd de cristal que había contenido a Sebastian estaba destrozado; había trozos de vidrio por todas partes. Sangre, aún fresca, goteaba del pedestal donde había estado colocado el ataúd.

Al instante, los cazadores de sombras comenzaron a hacer pla-

nes, a dispersarse en círculo y registrar el área alrededor del edificio. Magnus estaba allí, con chispas azules en las manos; le preguntó a Clary si tenía algo de Jace con que poder rastrearlo. Como atontada, ella le dio el anillo Morgenstern y se retiró a un rincón para llamar a Simon. Acababa de colgar el teléfono cuando la voz de uno de los cazadores de sombras se oyó sobre las otras.

—¿Rastrearlo? Eso sólo funcionará si aún sigue vivo. Con toda esa sangre no es muy probable...

De alguna manera, eso fue la gota que colmó el vaso. La prolongada hipotermia, el agotamiento y el shock le pasaron factura, y se le doblaron las rodillas. Su madre la cogió antes de que llegara al suelo. Después de eso, todo fue una oscura confusión. Se despertó a la mañana siguiente en su cama en casa de Luke; se incorporó de golpe con el corazón disparado, convencida de que había tenido una pesadilla.

Mientras salía de la cama, los pálidos morados en las piernas y los brazos le contaron una historia diferente, al igual que la falta de su anillo. Se puso unos vaqueros y una sudadera, y se tambaleó hasta el salón donde encontró a Jocelyn, a Luke y a Simon sentados con sombrías expresiones en el rostro. No le hacía falta preguntar, pero de todas formas lo hizo.

—¿Lo han encontrado? ¿Ha vuelto?

Jocelyn se puso en pie.

—Cariño, sigue desaparecido...

—Pero ¿no está muerto? ¿Aún no han encontrado el cuerpo? —Se desplomó en el sofá junto a Simon—. No, no está muerto. Yo lo sabría.

Recordaba a Simon cogiéndola de la mano mientras Luke le explicaba lo que sabían: que Jace seguía desaparecido, y también Sebastian. La mala noticia era que la sangre del pedestal la habían identificado como la de Jace. La buena noticia era que la cantidad era menor de la que habían creído; se había mezclado con el agua del ataúd y por eso habían tenido la impresión de que era más de lo que era en realidad. Por el momento pensaban que era muy posible que hubiera sobrevivido a lo que fuera que hubiese ocurrido.

—Pero ¿qué ha ocurrido? —preguntó Clary.

Luke meneó la cabeza, mirándola con sus azules ojos sombríos.

—Nadie lo sabe, Clary.

Ella sintió como si la sangre se le hubiera transformado en agua helada en las venas.

—Quiero ayudar. Quiero hacer algo. No puedo quedarme aquí sentada mientras Jace está desaparecido.

—Yo no me preocuparía por eso —repuso Jocelyn muy seria—. La Clave quiere verte.

Un hilo invisible se le quebró a Clary en las articulaciones y los tendones mientras se ponía en pie.

—Muy bien. Lo que sea. Les diré cualquier cosa que quieran saber si encuentran a Jace.

—Les dirás lo que quieran saber porque tienen la Espada Mortal. —La voz de Jocelyn sonó desesperada—. Oh, cariño, lo lamento tanto...

Y en ese momento, dos semanas después de repetidos testimonios, después de que llamaran a docenas de testigos, después de que ella hubiera sujetado la Espada Mortal decenas de veces, Clary estaba sentada en el dormitorio de Isabelle y esperaba la decisión del Consejo sobre su futuro.

No podía evitar recordar cómo se había sentido sujetando la Espada Mortal. Era como si tuviera pequeños anzuelos clavados en la piel que le arrancaban la verdad. Se había arrodillado, sujetándola, en medio del círculo de las Estrellas Parlantes, y había oído su voz explicándose todo al Consejo: cómo Valentine había alzado al ángel Raziel, y cómo ella le había arrebatado el poder de controlar al Ángel al borrar su nombre de la arena y escribir el suyo encima. Les había dicho cómo el Ángel le había ofrecido un deseo, y que lo había empleado para levantar a Jace de entre los muertos; les explicó que Lilith había poseído a Jace, y que además había planeado emplear la sangre de Simon para resucitar a Sebastian, el hermano de Clary, a quien Lilith consideraba su hijo. Les contó cómo la Marca de Caín de Simon había acabado con

Lilith, y que habían pensado que la vida de Sebastian también había terminado, y ya no era una amenaza.

Clary suspiró y abrió la tapa de su móvil para mirar la hora.

—Ya llevan una hora —dijo—. ¿Es normal? ¿Es una mala señal?

Isabelle dejó caer a *Iglesia*, que soltó un fuerte maullido. Fue a la cama y se sentó junto a Clary. Isabelle parecía más delgada que de costumbre (al igual que Clary, durante las dos últimas semanas había perdido peso), pero seguía tan elegante como siempre, con pantalones de pitillo negros y un ajustado top de terciopelo gris. El rímel se le había corrido alrededor de los ojos, lo que debería hacerla parecer un mapache, pero, en vez de eso, le daba el aspecto de una estrella de cine francesa. Abrió los brazos, y sus brazaletes de *electrum* con sus talismanes de runas tintinearón armónicamente.

—No, no es una mala señal —contestó—. Sólo significa que tienen mucho de qué hablar. —Se giró el anillo *Lightwood* que llevaba en el dedo—. No te pasará nada. No violaste la Ley. Eso es lo importante.

Clary suspiró. Incluso el calor del hombro de Isabelle junto al suyo era incapaz de derretir el hielo de sus venas. Sabía que, técnicamente, no había quebrantado ninguna Ley, pero también sabía que la Clave estaba furiosa con ella. Era ilegal que un cazador de sombras alzara a los muertos, pero no que lo hiciera el Ángel; de todas formas, lo que había hecho al pedir que Jace recobrarla la vida era algo tan enorme que el chico y ella habían acordado no decírselo a nadie.

Pero estaba claro que eso había hecho removerse a la Clave. Clary sabía que querían castigarla, aunque sólo fuera porque su elección había tenido consecuencias desastrosas. En cierto sentido, ella deseaba que la castigaran. Romperle los huesos, arrancarle las uñas, dejar que los Hermanos Silenciosos le rebuscaran en el cerebro con sus afilados pensamientos. Una especie de pacto con el diablo: su dolor a cambio del regreso de Jace sano y salvo. La habría ayudado a superar su culpabilidad por haberlo dejado en aquel tejado, aunque Isabelle y los demás le habían dicho cientos de veces que eso era ridículo, que

todos habían pensado que estaba completamente a salvo allí, y que si Clary se hubiera quedado, seguramente también estaría desaparecida.

—Para ya —dijo Isabelle.

Por un momento, Clary no supo si Isabelle le estaba hablando a ella o al gato. *Iglesia* estaba haciendo lo que hacía a menudo cuando lo dejaban caer: tirarse en el suelo con las cuatro patas en alto, fingiendo estar muerto para que sus amos se sintieran culpables. Pero cuando Isabelle se echó el negro cabello hacia un lado y la miró muy fijamente, Clary supo que era a ella a quien estaba riñendo, y no al gato.

—¿Que pare de qué?

—De pensar morbosamente en todas las cosas horribles que te van a pasar, o que desearías que te pasaran porque tú estás viva y Jace está... desaparecido. —La voz de Isabelle dio un salto, como un vinilo al saltarse un surco. Nunca hablaba de Jace como si estuviera muerto o incluso ausente; Alec y ella se negaban a pensar siquiera en esa posibilidad. E Isabelle no le había reprochado ni una sola vez que le hubiera ocultado un secreto tan enorme. Durante todo el proceso, Isabelle había sido su defensora más acérrima. La esperaba todos los días en la puerta de la Sala del Consejo, y la cogía del brazo con firmeza mientras pasaban entre los grupos de cazadores de sombras, que la miraban cuchicheantes. La había esperado durante los incabables interrogatorios del Consejo, lanzando miradas asesinas a cualquiera que se atreviera a mirar mal a Clary. Ésta se había quedado asombrada. Isabelle y ella nunca habían sido demasiado íntimas, ya que ambas eran la clase de chica que se siente más cómoda entre chicos que con otras compañías femeninas. Pero Isabelle no se apartaba de su lado. Clary estaba tan perpleja como agradecida.

—No puedo evitarlo —repuso Clary—. Si me permitieran salir a patrullar, si me permitieran hacer algo... creo que no sería tan malo.

—No lo sé —dijo Isabelle, cautelosa.

Las dos últimas semanas, Alec y ella habían acabado agotados y con el rostro ceniciento después de patrullar y buscar durante dieciséis horas diarias. Cuando Clary descubrió que le habían prohibido patru-

llar o buscar a Jace hasta que el Consejo decidiera qué hacerle por haberlo traído de vuelta de entre los muertos, dio tal patada a la puerta de su habitación que le hizo un agujero.

—A veces da la sensación de que todo es tan fútil —añadió Isabelle.

El hielo se fue quebrando por las venas de Clary.

—¿Significa eso que crees que está muerto?

—No, no lo creo. Lo que quiero decir es que pienso que seguro que ya no están en Nueva York.

—Pero también están patrullando por otras ciudades, ¿verdad?

—Clary se llevó la mano al cuello, olvidando que ya no tenía allí el anillo Morgenstern. Magnus seguía tratando de rastrear a Jace, aunque todavía no había tenido ningún éxito.

—Claro que sí. —Isabelle alargó la mano con curiosidad y tocó la delicada campanita de plata que le colgaba a Clary alrededor del cuello, en lugar del anillo—. ¿Qué es esto?

Clary vaciló. La campanita había sido un regalo de la reina seelie. No, eso no era exactamente así. La reina de las hadas no hacía regalos. La campanita era para indicar a la reina seelie que Clary necesitaba su ayuda. Clary había notado que la mano se le iba hacia ella cada vez más a menudo a medida que pasaban los días sin encontrar ningún rastro de Jace. Lo único que la detenía era saber que la reina seelie nunca daba nada sin esperar algo terrible a cambio.

Antes de que Clary pudiera contestar, la puerta se abrió. Ambas chicas se irguieron, tías como un palo; Clary aferraba uno de los cojines rosa de Izzy con tanta fuerza que la pedrería que lo cubría se le clavó en la piel de las palmas.

—Hola. —Un chico delgado entró en el cuarto y cerró la puerta. Era Alec, el hermano mayor de Isabelle, vestido con el traje del Consejo: un hábito negro estampado con runas plateadas, que en ese momento llevaba abierto sobre unos vaqueros y una camiseta negra de manga larga. Tenía el cabello negro y liso como su hermana, pero lo llevaba más corto, justo sobre la altura de la nuca. Apretaba los labios en una fina línea.

A Clary comenzó a latirle el corazón con fuerza. Alec no parecía contento. Fueran cuales fuesen las noticias, no parecían buenas.

—¿Cómo ha ido? —preguntó Isabelle en voz baja—. ¿Cuál es el veredicto?

Alec se sentó a horcajadas en la silla que había ante el tocador; al revés, para mirarlas sobre el respaldo. En otro momento habría sido cómico: Alec era muy alto, con las piernas largas de un bailarín, y el modo en que se tenía que plegar sobre la silla la hacía parecer un mueble de una casa de muñecas.

—Clary —contestó por fin—. Jia Penhallow ha presentado el veredicto. Se considera que no has cometido ningún delito. No has transgredido ninguna Ley, y Jia cree que ya estás recibiendo suficiente castigo.

Isabelle soltó un suspiro bien sonoro y sonrió. Por un momento, la sensación de alivio atravesó la capa de hielo que cubría las emociones de Clary. No la iban a castigar, a encerrarla en la Ciudad Silenciosa, atrapada en alguna parte donde no podría ayudar a Jace. Luke, que como representante de los licántropos en el Consejo, había estado presente para el veredicto, había prometido llamar a Jocelyn en cuanto acabara la reunión, pero de todas formas, Clary cogió su móvil: la idea de darle a su madre buenas noticias para variar era demasiado tentadora.

—Clary —dijo Alec mientras ella abría la tapa del móvil—. Espera.

Clary lo miró. Su expresión seguía siendo tan seria como la de un enterrador. Un repentino mal presentimiento le hizo volver a dejar el teléfono sobre la cama.

—Alec, ¿qué pasa?

—No ha sido por tu veredicto que el Consejo ha tardado tanto —explicó Alec—. Fue por otro asunto que había que discutir.

El hielo había vuelto. Clary se estremeció.

—¿Jace?

—No exactamente. —Alec se inclinó hacia ella y cerró las manos

sobre el respaldo de la silla—. Esta mañana a primera hora ha llegado un informe desde el Instituto de Moscú. Durante el día de ayer, destrozaron las salvaguardas de la isla de Wrangel. Han enviado un equipo de reparación, pero tener unas salvaguardas tan importantes inutilizadas durante tanto tiempo... es una prioridad para el Consejo.

Las salvaguardas servían, según Clary entendía, como una especie de sistema de vallas mágicas, y rodeaban la Tierra; las habían colocado la primera generación de cazadores de sombras. Los demonios las podían traspasar, pero no con facilidad, y mantenían fuera a la gran mayoría de ellos, lo que evitaba que el mundo sufriera una invasión masiva de demonios. Clary recordaba algo que Jace le había dicho una vez; ahora parecía que hacía una eternidad: «Solía haber sólo pequeñas invasiones de demonios en este mundo, fáciles de contener. Pero cada vez más y más demonios se han ido colando por las salvaguardas».

—Bueno, es una pena —repuso Clary—, pero no entiendo qué tiene que ver con...

—La Clave tiene sus prioridades —la interrumpió Alec—. Buscar a Jace y a Sebastian había sido la principal prioridad durante las últimas dos semanas. Pero lo han registrado todo, y no hay señal de ellos en ningún antro de los subterráneos. Ninguno de los hechizos de rastreo de Magnus ha dado resultado. Elodie, la mujer que crió al verdadero Sebastian Verlac, confirmó que nadie se ha puesto en contacto con ella. De todas formas, eso era bastante improbable. Ningún espía ha informado de actividad inusual entre los miembros conocidos del antiguo Círculo de Valentine. Y los Hermanos Silenciosos no han podido determinar exactamente qué se suponía que debía provocar el ritual que Lilith llevó a cabo, o si tuvo éxito. El consenso general es que Sebastian, aunque le llaman Jonathan cuando hablan de él, raptó a Jace, pero eso no es nada que no supiéramos ya.

—¿Y entonces? —preguntó Isabelle—. ¿Qué significa eso? ¿Más búsquedas? ¿Más patrullas?

Alec negó con la cabeza.

—No están hablando de ampliar la búsqueda —explicó—. Le están restando prioridad. Han pasado dos semanas y no se ha encontrado nada. Los grupos enviados especialmente desde Idris volverán a casa. La situación con la salvaguarda es la prioritaria ahora. Por no hablar de que el Consejo ha estado en medio de delicadas negociaciones, poniendo al día las Leyes para adaptarlas a la nueva composición del Consejo, nombrando un nuevo Cónsul y un nuevo Inquisidor, decidiendo el diferente trato que se les dará a los subterráneos... No quieren perder el hilo de todo eso.

Clary se lo quedó mirando.

—¿No quieren que la desaparición de Jace les haga perder el hilo del cambio de un puñado de estúpidas viejas leyes? ¿Se están dando por vencidos?

—No se dan por vencidos...

—Alec —lo interrumpió Isabelle, cortante.

Alec respiró hondo y se cubrió el rostro con las manos. Tenía los dedos largos, como Jace, y también como Jace, llenos de cicatrices. La Marca del ojo de los cazadores de sombras le decoraba el dorso de la mano derecha.

—Clary, para ti, para nosotros, lo más importante siempre ha sido buscar a Jace. Para la Clave, se trata de buscar a Sebastian. A Jace también, pero sobre todo a Sebastian. Él es el peligro. Él destruyó las salvaguardas de Alacante. Es un asesino en masa. Jace es...

—Sólo un cazador de sombras más —concluyó Isabelle—. Morimos y desaparecemos constantemente.

—Él tiene un extra por ser un héroe de la Guerra Mortal —explicó Alec—. Pero al final, la Clave fue muy clara: la búsqueda continuará, pero por el momento hay que esperar. Confían que sea Sebastian quien dé el siguiente paso. Mientras tanto, es la tercera prioridad de la Clave. Como mucho. Desean que volvamos a la normalidad.

¿Normalidad? Clary no podía creerlo. ¿Una vida normal sin Jace?

—Eso es lo que nos dijeron después de la muerte de Max —co-

mentó Izzy; no había lágrimas en sus ojos, pero ardían de rabia—. Que superaríamos antes el dolor si volvíamos a hacer vida normal.

—Se supone que es un buen consejo —dijo Alec, murmurándolo entre los dedos.

—Díselo a papá. ¿Acaso ha vuelto de Idris para la reunión?

Alec negó con la cabeza y dejó caer las manos.

—No. Si os sirve de consuelo, hubo mucha gente en la reunión que habló con rabia, y que apoyó seguir la búsqueda de Jace usando todo lo que tenemos. Magnus, claro; Luke; el cónsul Penhallow, incluso el hermano Zachariah. Pero al final no resultó suficiente.

Clary lo miró fijamente.

—Alec —dijo—. ¿No sientes nada?

Alec abrió mucho los ojos; su azul se oscureció, y por un momento, Clary recordó al chico que la había odiado cuando ella llegó por primera vez al Instituto, el chico con las uñas mordidas, agujeros en los suéteres y un resentimiento que parecía inamovible.

—Sé que estás enfadada, Clary —dijo él con voz cortante—, pero si estás sugiriendo que a Iz y a mí nos importa menos Jace que a ti...

—No me refiero a eso —replicó ella—. Estoy hablando de tu conexión de *parabatai*. He estado leyendo sobre la ceremonia en el *Códice*. Sé que eso os liga. Puedes notar cosas de Jace. Cosas que os ayudan cuando estáis luchando. Así que supongo que lo que quiero decir es... ¿puedes sentir si sigue vivo?

—Clary. —Isabelle parecía preocupada—. Pensaba que no...

—Está vivo —afirmó Alec con cautela—. ¿Crees que yo podría funcionar así si él no estuviera vivo? Hay algo fundamental que no va bien. Eso lo noto. Pero aún respira.

—¿Lo que «no va bien» podría ser que lo retienen prisionero? —preguntó Clary con un hilillo de voz.

Alec miró hacia la ventana, a la lluvia que caía como una cortina.

—Tal vez. No puedo explicarlo. Nunca he sentido nada igual antes.

—Pero está vivo.

Alec la miró directamente.

—De eso estoy seguro.

—Entonces, ¡a la mierda el Consejo! Lo encontraremos nosotros —afirmó Clary.

—Clary... si fuera posible... ¿no crees que ya habríamos...? —comenzó Alec.

—Estábamos haciendo lo que la Clave quería que hiciéramos —dijo Isabelle—. Patrullas. Registros. Hay otras maneras.

—Maneras que van contra la Ley, quieres decir —replicó Alec. Parecía vacilante. Clary esperó que no fuera a repetir el lema de los cazadores de sombras en lo referente a la Ley: *Dura lex, sed lex*. «La Ley es dura, pero es la ley.» No creía poder resistirlo.

—La reina seelie me ofreció un favor —dijo Clary—. Durante los fuegos artificiales en Idris. —El recuerdo de aquella noche, de lo feliz que había sido, hizo que se le encogiera el corazón, y tuvo que detenerse para recuperar el aliento—. Y un modo de ponerme en contacto con ella.

—La reina de las hadas no hace nada gratis.

—Lo sé. Aceptaré cualquier deuda que me cargue. —Clary recordaba las palabras de la chica hada que le había entregado la campanita: «Harías lo que fuera con tal de salvarle, te cueste lo que te cueste, sea cual sea tu deuda con el Cielo o el Infierno, ¿verdad?»—. Sólo quiero que uno de los dos me acompañe. No se me da muy bien traducir el idioma de las hadas. Al menos, si estáis conmigo, podréis limitar el daño. Pero si hay algo que ella pueda hacer...

—Yo iré contigo —dijo Isabelle al instante.

Alec miró a su hermana, sombrío.

—Ya hemos hablado con las hadas. El Consejo las interrogó a fondo. Y no pueden mentir.

—El Consejo les ha preguntado si sabían dónde estaban Jace y Sebastian —replicó Clary—. No si estaban dispuestas a buscarlos. La reina seelie conocía a mi padre, sabía lo del ángel que invocó y atrapó, y también sabía la verdad sobre mi sangre y la de Jace. Creo que no hay mucho de lo que ocurre en este mundo que ella no sepa.

—Es cierto —admitió Isabelle, un poco más animada—. Ya sabes que hay que hacer la pregunta correcta a las hadas si se quiere conseguir de ellas alguna información útil, Alec. Es muy difícil interrogarlas, aunque tengan que decir la verdad. Sin embargo, un favor es diferente.

—Y tiene un peligro potencial literalmente ilimitado —replicó Alec—. Si Jace supiera que he dejado que Clary vaya a ver a la reina seelie, me...

—No me importa —exclamó Clary—. Él lo haría por mí. Sabes que lo haría. Si yo hubiera desaparecido...

—Arrasaría el mundo entero hasta poder desenterrarte de las cenizas. Lo sé —concluyó Alec, que parecía agotado—. ¿Acaso crees que yo no quiero arrasar el mundo entero en este momento? Sólo trato de ser...

—Un hermano mayor —terminó Isabelle—. Ya lo pillo.

Alec la miró como si estuviera esforzándose por controlarse.

—Si te pasara algo, Isabelle, después de Max y de Jace...

Izzy se puso en pie, cruzó la sala y abrazó a Alec. El cabello oscuro de ambos, exactamente del mismo tono, se mezcló mientras Isabelle le susurraba algo al oído; Clary los observó con no poca envidia. Siempre había querido tener un hermano. Y lo tenía. Sebastian. Era como querer un perrito de mascota y que te dieran un sabueso infernal en su lugar. Observó cómo Alec le acariciaba el pelo a su hermana con cariño, asentía y la soltaba.

—Deberíamos ir todos —dijo él—. Pero tendré que decírselo a Magnus. Sería injusto no hacerlo.

—¿Quieres usar mi teléfono? —preguntó Isabelle, mientras le ofrecía su maltratado móvil rosa.

Alec negó con la cabeza.

—Está esperando abajo con los otros. Y tú también le tendrás que dar a Luke algún tipo de excusa, Clary. Estoy seguro de que espera que vuelvas a casa con él. Y dice que tu madre lo ha estado pasando muy mal con todo este asunto.

—Se culpa de la existencia de Sebastian. —Clary se puso en pie—. Aunque todos estos años pensara que estaba muerto.

—No es culpa suya. —Isabelle descolgó su látigo dorado de la pared y se lo enrolló en la muñeca, para que pareciera un juego de pulseras brillante—. Nadie la culpa.

En silencio, los tres recorrieron los pasillos del Instituto, extrañamente poblados de otros cazadores de sombras, algunos de los cuales eran parte de los grupos especiales enviados desde Idris para ocuparse de la situación. Ninguno de ellos miró a Isabelle, a Alec o a Clary con demasiada curiosidad. Al principio, Clary se había sentido como si la estuvieran observando, y había oído susurrar de «la hija de Valentine» en tantas ocasiones que había comenzado a temer ir al Instituto, pero ya había tenido que estar tantas veces ante el Consejo que la novedad había perdido interés.

Bajaron con el ascensor; la nave del Instituto estaba muy iluminada con luz mágica, además de las antorchas de costumbre, y se hallaba llena de miembros del Consejo y sus familias. Luke y Magnus estaban sentados en un banco, charlando; junto a Luke había una mujer alta de ojos azules que se parecía mucho a él. Se había rizado el cabello y se lo había teñido de un color gris castaño, pero Clary aún la reconocía: la hermana de Luke, Amatis.

Magnus se levantó al ver a Alec y fue a hablar con él; Izzy pareció reconocer a alguien en los bancos de más allá y salió disparada, como solía, sin detenerse a decir adónde iba. Clary fue a saludar a Luke y a Amatis, quien daba unas compasivas palmaditas en el hombro a su hermano; ambos parecían cansados. En cuanto vio a Clary, Luke se puso en pie y la abrazó. Amatis la felicitó por haber sido absuelta por el Consejo, y ella asintió; allí se sentía sólo a medias, la mayor parte de ella estaba como entumecida, y el resto respondía con piloto automático.

Veía a Magnus y a Alec con el rabillo del ojo. Estaban hablando; Alec muy cerca de Magnus, del modo en que las parejas parecían cerrarse el uno en el otro cuando hablaban, en su propio universo. Se

alegraba de verlos felices, pero a la vez le dolía. Se preguntó si volvería a tener eso, o incluso si volvería a desearlo. Recordó la voz de Jace: «Nunca quiero querer a nadie que no seas tú».

—La Tierra llamando a Clary —dijo Luke—. ¿No quieres volver a casa? Tu madre se muere por verte, y le encantaría ponerse al día con Amatis antes de que ésta vuelva a Idris mañana. Pensaba que podríamos ir a cenar. Tú eliges el restaurante. —Estaba tratando de que no se le notara la preocupación en la voz, pero Clary se la notaba. Últimamente no había comido mucho, y la ropa comenzaba a quedarle grande.

—No tengo ganas de celebrarlo —respondió ella—. No después de que el Consejo haya rebajado la prioridad de la búsqueda de Jace.

—Clary, eso no significa que vayan a dejarlo —repuso Luke.

—Lo sé. Pero es que... Es como cuando dicen que una operación de búsqueda y rescate ha pasado a ser una búsqueda de cadáveres. Es así como suena. —Tragó saliva—. De todas formas, estaba pensando en ir a cenar a Taki's con Isabelle y Alec —mintió—. Para... hacer algo normal.

Amatis miró hacia la puerta y entornó los ojos.

—Está lloviendo mucho.

Clary notó que los labios le formaban una sonrisa. Se preguntó si se veía tan falsa como ella creía.

—No me derretiré.

Luke le dio algo de dinero; se le veía claramente aliviado de que Clary fuera a hacer algo tan normal como salir con sus amigos.

—Pero prométeme que comerás algo.

—Vale. —A través de la punzada de culpabilidad, consiguió dirigir una auténtica medio sonrisa a Luke antes de darse la vuelta.

Alec y Magnus ya no estaban donde hacía un momento. Clary miró alrededor y vio el largo cabello negro de Izzy entre la multitud.

Se hallaba junto a la enorme puerta doble del Instituto, hablando con alguien a quien Clary no podía ver. Ésta fue hacia allí; al acercarse, se sorprendió un poco al ver que una del grupo era Aline Penhallow. Su brillante cabello negro estaba cortado elegantemente justo sobre los hombros; lo llevaba apartado del rostro, mostrando que tenía las orejas ligeramente puntiagudas. Llevaba el hábito del Consejo, y cuando Clary se acercó, vio que los ojos de la chica eran brillantes y de un tono verde azulado muy poco corriente, un color que hizo que los dedos de Clary ansiaran sujetar sus lápices de colores por primera vez en dos semanas.

—Debe de ser muy raro eso de que tu madre sea la nueva Cónsul —estaba diciendo Isabelle a Aline cuando Clary se unió a ellas—. Aunque Jia sea mucho mejor que... Ey, Clary. Aline, ¿recuerdas a Clary?

Las dos chicas intercambiaron una inclinación de cabeza. Una vez, Clary se había topado con Aline besando a Jace. En aquel momento había sido horrible, pero el recuerdo no le molestaba. Lo cierto era que se habría sentido muy aliviada si se hubiera topado allí con Jace besando a quien fuera. Al menos significaría que estaba vivo.

—Y ésta es la novia de Aline, Helen Blackthorn —dijo Isabelle con mucho énfasis. Clary le lanzó una mirada asesina. ¿Acaso pensaba que era idiota? Además, recordaba a Aline diciéndole que había besado a Jace sólo como un experimento, para ver si algún chico era su tipo. Al parecer la respuesta había sido negativa—. La familia de Helen dirige el Instituto de Los Ángeles. Helen, te presento a Clary Fray.

—La hija de Valentine —soltó Helen. Parecía sorprendida y un poco impresionada.

Clary hizo una mueca.

—Intento no pensar demasiado en eso.

—Perdón. Entiendo por qué. —Helen se sonrojó. Tenía la piel muy pálida, con un ligero brillo, como una perla—. He votado para que el Consejo siguiera priorizando la búsqueda de Jace, por cierto. Lamento que no hayamos ganado.

—Gracias. —Clary no quería hablar de eso, así que se volvió hacia Aline—. Felicidades por el nombramiento de tu madre. Ser Cónsul debe de ser muy excitante.

Aline se encogió de hombros.

—Ahora tiene mucho más trabajo. —Se volvió hacia Isabelle—. ¿Sabías que tu padre se propuso para el cargo de Inquisidor?

Clary notó que Izzy se quedaba helada a su lado.

—No. No lo sabía.

—Me ha sorprendido —añadió Aline—. Pensaba que estaba muy entregado a la dirección de este Instituto... —Calló de golpe y miró más allá de Clary—. Helen, me parece que tu hermano está intentando hacer el mayor charco de cera fundida del mundo. Tal vez quieras impedirlo.

Helen soltó un exasperado resoplido, murmuró algo sobre los preadolescentes y desapareció entre la gente justo cuando Alec se abría paso hasta ellos. Abrazó a Aline; a veces, Clary se olvidaba de que los Penhallow y los Lightwood hacía años que se conocían. Alec miró a Helen entre la gente.

—¿Ésa es tu novia?

Aline asintió.

—Helen Blackthorn.

—He oído que en su familia hay algo de sangre de hada —comentó Alec.

«Ah», pensó Clary. Eso explicaba las orejas puntiagudas. La sangre de nefilim era dominante, y el hijo de una hada y de un cazador de sombras sería también un cazador de sombras pero, algunas veces, la sangre de hada se mostraba de formas raras, incluso varias generaciones después.

—Un poco —admitió Aline—. Mira, quería darte las gracias, Alec.

El chico la miró perplejo.

—¿Por qué?

—Por lo que hiciste en la Sala de los Acuerdos —contestó Aline—.

Besar así a Magnus. Eso me dio el empujón que necesitaba para decirles a mis padres... para salir del armario. Y de no haberlo hecho, no creo que, cuando conocí a Helen, hubiera tenido el valor de decirle nada.

—Oh. —Alec parecía sorprendido, como si nunca hubiera considerado el impacto que sus acciones podían tener en alguien fuera de su familia cercana—. Y tus padres... ¿lo llevan bien?

Aline puso los ojos en blanco.

—Más bien como si no lo supieran, como si así, si no hablan de ello, fuera a olvidarse —explicó Aline. Clary recordó lo que Isabelle le había contado sobre la actitud de la Clave hacia sus miembros gays: «Si pasa, no hablas de ello»—. Pero podría ser peor.

—Podría ser mucho peor —coincidió Alec, y había un tono sombrío en su voz que hizo que Clary lo mirara fijamente.

Aline puso cara de compadecerlo.

—Lo siento —dijo—. Si tus padres no son...

—No tienen ningún problema con eso —repuso Isabelle, un poco demasiado tajante.

—Bueno, como sea. No debería haber dicho nada ahora. No con Jace desaparecido. Debéis de estar muy preocupados. —Respiró hondo—. Sé que la gente seguramente os habrá soltado todo tipo de estupideces sobre él, como hacen cuando realmente no saben qué decir. Yo sólo... quería contaros algo. —Impaciente, se apartó de uno que pasaba y se acercó más a los Lightwood y a Clary, bajando la voz—. Alec, Izzy, recuerdo una vez que vinisteis a vernos a Idris. Yo tenía trece años y Jace tenía... creo que tenía doce. Quería ver el Bosque de Brocelind, así que un día cogimos prestados unos caballos y fuimos allí. Como era de esperar, nos perdimos. Brocelind es impenetrable. Oscureció, y el bosque parecía cada vez más espeso. Yo estaba aterrorizada, pensaba que íbamos a morir allí. Pero Jace no tuvo miedo. No dudó ni por un momento de que encontraríamos la salida. Tardamos horas, pero lo logramos. Él nos sacó de allí. Yo le estaba muy agradecida, pero él sólo me miró como si estuviera loca. Como si todo el rato hubiera sido evi-

dente que nos iba a sacar de allí. Fracasar no era una opción. Lo único que digo es que encontrará su camino para volver con vosotros. Lo sé.

Clary no creía haber visto nunca llorar a Izzy, y era evidente que en ese momento estaba tratando de no hacerlo. Pero sus ojos estaban sospechosamente abiertos y brillantes. Alec se miraba los zapatos. Clary notó un chorro de dolor queriendo brotar en su interior, pero lo contuvo; no podía pensar en cuando Jace era un niño, no podía pensar en él perdido en la oscuridad, porque sino pensaría en él en ese momento, perdido en algún lugar, atrapado en alguna parte, necesitado de ayuda, esperando a que ella llegara, y se quebraría.

—¡Aline! —Era Helen, agarrando firmemente por la muñeca a un niño con las manos cubiertas de cera azul. Debía de haber estado jugando con las velas de los enormes candelabros que decoraban los costados de la nave. Parecía tener unos doce años, con una sonrisa maliciosa y los mismos impresionantes ojos azules de su hermana, aunque el cabello del chico era castaño oscuro—. Ya estamos aquí. Seguramente deberíamos irnos antes de que Jules destruya esto. Por no hablar de que no tengo ni idea de dónde se han metido Tibs y Livvy.

—Están comiendo cera —apuntó el niño, el tal Jules, tratando de ayudar.

—Oh, Dios —gruñó Helen, y luego les lanzó una mirada de disculpa—. No me hagáis caso. Tengo seis hermanos pequeños y uno mayor. Siempre es como un zoo.

Jules miró a Alec y a Isabelle y luego a Clary.

—¿Cuántos hermanos tienes tú? —le preguntó.

Helen palideció.

—Somos tres —respondió Isabelle en una voz remarcablemente firme.

Jules siguió mirando a Clary.

—No os parecéis.

—No soy de su familia —dijo Clary—. Yo no tengo hermanos.

—¿Ninguno? —El tono del chico demostraba su incredulidad,

como si le hubiera dicho que tenía los pies palmeados—. ¿Es por eso que pareces tan triste?

Clary pensó en Sebastian, con su cabello blanco como el hielo y los ojos negros.

«Si no tuviera un hermano —pensó entonces—, nada de esto habría pasado.»

Una punzada de odio la recorrió, y le calentó la sangre helada.

—Sí —contestó suavemente—. Por eso estoy triste.